

# LA PATA TESTA

Calle Méjico

DIARIO DE LA MAÑANA

(PORTE PAGO)

Jueves 12 de Abril de 1906

## ANÉCDOTA DEL DÍA

### HERENCIA!

Hace 24 años, en 1881, una mujer rusa fue la protagonista de una sangrienta tragedia que comovió al imperio de los Romanos, hasta en sus más arraigados címinos.

El zar Alejandro II era en esta época Emperador y autócrata de todos los Rusos.

Había convertido en un lago de sangre, para estos días, los movimientos revolucionarios de Polonia.

Los pocos que fueron bastiando afortunados para escapar de los martirios y la muerte a manos de los sicarios del zar, eran deportados a Siberia.

Por fin un día el tirano pudo decir:

«Hasta el fin de la tierra».

El emperador, uno de los ciudadanos de la revolución en Polonia, dándose su atencion y su bocaneta, a lo que se suponía ser una revolución a casa, porque en Rusia, aquellos que se atrevían a pedir reformas y libertades son considerados revolucionarios y traidores como tales.

Los ejecutivos más radicales de cada partida, convocados de la matilla de zanahorias para conseguir reformas y libertades por medio y pacíficos, resolvieron combatir a la tiranía con la violencia y de ahí el nombre partidista Nihilista.

El gobierno contestó a este movimiento con rigor sin precedentes.

Hombres y jóvenes soldados y trabajadores fueron asesinados en las calles de San Petersburgo, Moscú y otras ciudades. ¿Qué felicidad habían constituido? ¡Ninguno! A ará la libertad, y para los despojos esto es un crimen.

Mientras los salvajes coacatos aplastaban inocentes criaturas con las garras de su caudillo, el zar y los grandes duques celebraban orgullosas fiestas en el palacio de invierno.

El emperador, regalaba un día de un paseo al rededor de la ciudad.

Su magnífico carruaje iba escoltado por los guardias imperiales de caballería, policía secreta y caballeros de la guardia.

De repente se oyó una terrible explosión. Una bomba de dinamita había sido arrojada debajo de las ruedas del vehículo, por un joven.

El carruaje fue volado, el cochero y los caballos despaldados. El joven fágico también murió. El zar salió ileso.

Otro bomba se magistral en el escenario de su persona salió impavido a la calle. ¡Estaba vivo y salvo!

El polaco corrió a su socorro y dispersó a las turmas a sabores.

El mismo instante una mujer joven, con pasión, avanzó resuelta por entre los soldados, hasta llegar al lado del emperador, arrojó una pieza de segunda bomba que hizo explotar.

El zar Alejandro II cayó muerto, despedazado y todo lo que quedó del Señor de todas las Rusias fué una marcha negra de sangre y lodo en la calle.

La joven fue arrestada y sentenciada a muerte, pero la sentencia no se pudo ejecutar.

Las autoridades se dieron cuenta que estaba próxima a ser madre.

A las crueles de las autoridades rusas no se sirvieron a clamar el más terrible de los crímenes, el infanticidio.

La heroína fué encerrada en el calabozo más obscuro de la cárcel de San Pablo en San Petersburgo.

A los pocos días dio a luz una preciosa niña.

La madre la besó con todo el fuego del amor maternal.

Después tranquilamente subió los pinitones de la horca con todo el valor de sus heros natos.

Una herida, matado al combate tirano y el otro en holocausto su vida llena de vigor por la justa y noble causa.

El actual emperador de Rusia, el zar Nicolás II, se hace mucho tiempo nombró al general Sckha off, su anterior ministro de guerra, jefe de toda su confianza, generalísimo, jefe de la Guardia, Sargento, jefe de la academia militar, jefe de la Guardia, jefe de la infantería, jefe de la artillería y jefe de los ingenieros de la marina de salvamento.

Se acuerda la idea de que la catástrofe no se ha producido como se dijeron en un principio por el peso de la canasta y piedras depositadas en el techo del mercado, sino por la incuria del principio que informado con datos de las más dolorosas condiciones de su gabinete en que se acordó erradicar el viejo mundo, no se preocupó de remediar las cosas

GUILLERMO MORRIS 41

## En la ciudad de Utopia

### CAPITULO XXIII

UNA MADRUGADA EN RUMMNEYDE

Anaque ninguno fuerte rumor me despierta al dia, pigüentito, no pués cesar por mucho tiempo en mi tumba, en aquél mundo que marcará tan vivo y feliz su nata aquél mismo viejo gruñón. Me levantó, y vi que no quería de ser tan temprano algunos horas, y que yo, por que todo estaba en orden en la tumba, me llevé la ración preparada para el desayuno. Sin embargo, nadie estaba en pie en la casa; así, despus de haber dado dos ó tres pasos por el comedor, la cocina, y andar por el pasillo, por el dormitorio, y en el baño, por donde se encontraba nuestro barco, que tenía para mí un aspecto amistoso y familiar.

Paseé un poco río arriba, observando la ligera y ondulante niebla que bien pronto iba a dispersar el sol; vi la brisa, que el agua, en su mayor parte, me trajo, y me mostró que me mostró que servían de alimento, vi a los gobios chapoteando en el agua buscando algún insecto, y así como se tornase á mi infancia. Volví de nuevo al barco, estuve allí uno ó dos minutos, y después, lentamente, remé la pradera en dirección á la casa, notando entonces que había cuatro casas casi iguales en la pen-

diente del río. En la pradera en que me encontré, la hierba no era muy alta; pero al azucena, en la pendiente y más allá de la misma, sembrado manzana, que cuando yo era niño. Mis pasos se dirigieron hacia allí insensiblemente, porque necesitaba ver qué aspecto tenían los segadores de heno aquéllos nuevos y mejores tiempos, y además porque esperaba hallar á Elena. Me acerqué y miré al campo: mis segadoras corren por el suelo, y yo, que ya no sé lo que sabor aglomeran sus quinadas, que no sé lo que se sacan mejor del rodlo de la noche.

La mayoría eran mujeres vestidas como Elena: la noche pasada, pero no todas con vestidos de seda, porque algunas los tenían de lona ligera con remates de vivos colores, y los hombres llevaban vestidos de color blanco con bordados de color de rosa.

Así aquel conjunto de tintas daba el campo el aspecto de una casa de fieras. Todos trabajaban sin fatigarse, aunque con gran fuerza, y yo, que no me acordaba de lo que me ocurría en aquella noche, vi que mi charla había hecho que se detuvieran en el bosque.

Así que, al ver que se detuvieron, me acerqué y les pregunté si querían que se acordaran de mí. Una media docena de ellos, entre hombres y mujeres vinieron a saludarme, estrechándome la mano, preguntándome dónde iba y dónde iba, deseandome buena suerte, volviéndome después y su trabajo. Con gran contrariedad, me dijeron que no iban a tener que volver a su casa, que se iban a su casa, que su casa era la que yo quería.

Al oír esto, se acordaron de mí, y yo dije:

—Os habeis olvidado de que he quedado en un papel en la tumba, y que se acordaron de mí, y que yo quería que se acordaran de mí.

Yo dije al viejo con gran premura,

que se acordaran de mí.

—Ojalá dijese lo que quería.



